

VIII—Dignidad de la Pedagogía

Sin la pretensión de haber completado con lo ya expuesto una fundamentación simétrica y rotunda (por lo demás, siempre sospechosa), sino a lo sumo, de haber logrado destacar características que creo básicas para una configuración de la creatividad en su significado de acción humanamente plena; sin haber creído por otra parte, un solo instante (quizás sin haberlo querido creerlo, en defensa de alguna incapacidad expositiva inconfesada), que en esa forma empobrecía demasiado su valor probatorio, creo sin embargo posible abordar sobre esa base, con resultados apreciables, problemas pedagógicos cuyos actuales planteamientos oscilan en una desorientación que nace de teorizaciones notoriamente endebles. Pero abordar un tema sobre educación, es abordarlos todos; no solo por sus relaciones colaterales, sino por sobre ello, en dirección de profundidad, por su común dependencia de consideraciones filosóficas de validez general. Si admitimos, con Dilthey, que la pedagogía es la flor de la filosofía, por cuanto ésta se orienta naturalmente hacia la formación del hombre; si educar es fundamentalmente propiciar la auto-expresión de un ser, a través de su ingreso a un ámbito de formas y contenidos vivientes, la humanidad actual, debatiéndose entre heterogeneidades y problematismos inciertos, aparece como radicalmente impotente para cumplir esa misión. No disimulan esa impotencia su difuso afán de experimentación y su éxito parcial en la trasmisión de técnicas de adaptación social. En ese farrago de tareas fragmentarias no se percibe una concepción directriz que concrete una unidad coherente de aspiración. Limitarse ante tal indigencia de normas rectoras a encarar desatinadamente cuestiones de detalle, sería agravarla con una consumación irreparable de técnicas divergentes, urgidas por la presión de un apremio, a veces excitado artificialmente, ante las necesidades prácticas del medio social.

Por medio de la actividad pedagógica, debemos utilizar, como en un arte sus recursos técnicos, los métodos sugeridos por una experimentación directa, atenta a las directivas de una psicología aplicada a sus problemas y de una ética coordinada; no debemos olvidar para ello que esos planteamientos obedecen, en cada país, a caracteres culturales propios, sistemas de representaciones, hábitos y fines que nos prohíben una adaptación servil de métodos foráneos, máxime cuando en éstos reconocemos muchas veces la influencia deformadora de clases o partidos (fundaciones norteamericanas, educación clasista inglesa).

Debemos aquí no reincidir en dos paralogismos persistentes que señalara Vaz Ferreira; el primero, pretender soluciones perfectas, incompatibles con su carácter de ciencia normativa; el segundo, menospreciar la dignidad de los estadios ya alcanzados, en lugar de reorganizarlos en una aspiración creadora que aproveche, sin negarlos, los aciertos del pasado, evitando así que esas realizaciones parciales se desvanezcan sin fruto.

Mantenernos a la altura de nuestros propósitos, exige una voluntad constante de sobrepasarlos; en otras épocas de cultura más orgánica, era tal vez posible alcanzar sin esfuerzo una acomodación estable, para la que hoy se requiere un constante alerta; aceptarse, es, hoy, destruirse; el hombre

que no se eleva sobre sí mismo cae abrumado ante el gris anonimato de su época. Los ideales adlerianos de mera adaptación social, mediante una normalización psíquica, culminando en el «social service» y en el fordismo, solo pueden aceptarse como base mínima para afanes más altos.

El hombre, en cuanto es él mismo, se evade del mundo y de sí con sus determinaciones pasivas; reducido a lo que de él nos enseñan la psicología y demás ciencias que le atañen, se anula en una apariencia rotunda y conclusa. Explicándose, se pierde, en una indiferencia y una paz que anulan sus tensiones profundas. Se recobra cuando aprehendemos esas disciplinas como conclusiones aleatorias y lo sentimos abriéndose paso a su través, sin ignorarlas, pero superándolas, en un inquirir que va más allá de sus límites, adscrito a un destino enigmático. Su sino paradójico es tener que renunciar a un cumplimiento pleno de sus instancias. Ni el conocer agota el ser, ni el ser se satisface en el conocer. Un ideal estático es el modo como se enmascara una indigencia de destino original que reniega de sus prerrogativas para decisiones primordiales; es una anulatoria componenda del espíritu con las necesidades infra-humanas, un refugio para una razón temerosa de las alternativas de lo real. El hombre auténtico excede por abundancia de su ser, a sus propios ideales; su más alta realidad se abre, oscilante, en una tensión polarizada entre sus ideales y su versión mundana.

La inmoralidad del hombre denodadamente ejecutivo, estriba en que absorbido por un fin exclusivo, elude la consideración de aquellos otros que podrían interferirlo, ejercitándose en una insinceridad consigo mismo que lo conduce a su insensibilidad habitual para lo problemático.—No se trata, así, de fomentar una persecución obstinada de móviles fijos de bondad ética suprema, con la ceguera consiguiente para finalidades colaterales y que nos incapacite para una consideración racionalmente ecuánime de las situaciones por las que atravesamos; no se trata de perseguir un ideal celestialmente inmóvil, como tampoco, por el contrario, de refugiarse en un oportunismo míope, sino de correr el riesgo de una integración constante de nuestra actividad en su presente conformación, con la situación en torno, de modo que se haga posible completar desarrollos insinuados en nuestra previsión espiritual de significados actuales.

Lo importante es que actuemos, en primer lugar, por un amor vital a la acción misma, y no por llegar a resultados que en sí, nos parecen fríos y extraños; el fin moral, (ya que la palabra es ineludible) no puede radicar, fluctuante e inasible, sino en una armonía intrínseca a la acción; los demás sos extraversiones o aberraciones que deifican objetivos estáticos (cuando sus necesarios fracasos no conducen, como en ciertas doctrinas hindúes, a una negación del objetivo y con ello de la actividad que lo justificaba). La vigilia moral se intensifica en una actividad que se reflexiona y en la que no pueden caber decepciones totales. En moral no hay triunfadores ni derrotados; hay combatientes o desertores. El más radical desenlace, es, apenas, un tránsito a nuevas situaciones problemáticas en cuyo continuo sucederse se nos va la vida, arrastrando nuestra parte indelegable de culpa y dolor. No hay otro deber que actuar, en tanto actuar signifique exteriorizarse en la existencia misma de modo de llegar a un modo personal de coincidencia con el deber ser que implica; el pecado, y con él su sanción, está en renunciar a esta inteligencia viril.

De acuerdo a lo expresado, no requerimos, para fundamentar un sis-

tema educacional, normas intangibles en vista a ideales definidos, sino una agilidad de propósitos que faciliten a los impulsos creadores, una experiencia renovada. El desconcierto actual de la humanidad no nace tanto de una falta de normas referenciales, como de la inconmensurabilidad entre los múltiples medios modernos de interacción y de trasiego cultural, con la persistencia de hábitos provenientes de situaciones inactuales. En lugar de entregarnos a una añoranza senil de autoridades firmes, debemos propiciar de continuo el advenimiento de referencias inéditas, vivificando nuestros contactos con la realidad en una abierta aceptación de sus cambiantes condiciones. En ese sentido, corresponde apartarnos de todos los falsos problemas originados en la incongruencia entre nuestras vivencias y su reelaboración artificial a base de ideas que condensan visiones parciales de las mismas.

Sería legítima irreverencia atribuir a la noción helénica de lo verdadero, como posesión y contemplación, solo cumplida luego presuntivamente en la mecánica y en la matemática, el origen de los esfuerzos seculares de asimilar a esa realidad impecable, esa otra realidad dudosa y sugestiva que nos compromete en nuestra íntima verdad emocional, proscripta por la adusta razón. La filosofía, recogiendo la herencia griega, se fué constituyendo, en sus principales advenimientos, como un esfuerzo en relatar experiencias reales y unitarias, mediante un lenguaje tendenciosamente estructurado, utilizando sus arbitrarias unidades conceptuales, de modo de recuperar, por un esfuerzo trabajoso de composición y síntesis, las realidades primarias y simples que había proscripto por irracionales: es preciso para ello, aventurarse en contra mismo de la tendencia natural del lenguaje a elaborarse sobre cosas y no sobre los procesos vivos de los cuales son decantaciones circunstanciales, tendencia que, por otra parte, ha inficionado toda una época de la pedagogía y que resurge cada vez que se persigue demasiado una formulación fijatoria, remedando, con una aritmetización conceptual basada en unidades ilusorias, éxitos de la matemática que las otras ciencias han intentado vanamente reproducir. Desde el momento en que realizando ciertas objetivaciones parciales como decisivas y constituyentes, deja de lado las ambigüedades y cualidades temporales que no encajan en esos cuadros, una ciencia, es metafísica adulterada y tendenciosa. Lo más permanente está condicionado por su dintorno; identificando lo real con esos extractos pretendidamente acabados y permanentes, desconocemos su radical eventualidad, en beneficio de estructuras privilegiadas y olvidando que es sin embargo, la existencia, con sus momentos únicos y transitorios, el fin irrecusable a cuyo advenimiento debemos supeditar los acacimientos regulares destacados por la ciencia. La noción de esencia, contrapuesta a la de existencia, aparece como una extralimitación de los significados más estables, confirmados por regularidades ampliamente constatadas. Erigimos de ese modo un momento parcial, aunque preponderante, en modalidad exhaustivamente constituyente, a despecho de las múltiples vigencias colaterales que en determinadas circunstancias, pueden incrementarse hasta llegar a constituirse en caracteres básicos. De la continuidad en la interacción fecunda de los caracteres erigidos como esenciales, se ha llegado a su consagración, a título de entes independientes, de modo que se ha subvertido, no sólo su naturaleza, de mera intervención existencial, sino, lo que es peor, nuestros hábitos de intelección; sumisos a esas ideas de validez autónoma, propendemos a exal-

tarlas e inmunizarlas contra las experiencias a las que deben su reconocimiento preferencial y a las que tendemos a oponer como una realidad a su apariencia.

El esfuerzo educativo valioso, en suma, se organiza a través de finalidades particulares y limitadas, sobre un intento más vasto de aprehender, en sus conexiones más íntimas, las exigencias de cada situación real, en vista a configurar, sobre ellas, un desarrollo vital que les proporcione una oportunidad propicia.

Al rebasar así, tantos las determinaciones estables de las ciencias particulares afines, como las imposiciones de una tradición nacida de adaptaciones a circunstancias ya sobrepasadas, la intervención del educador se orienta hacia una interpretación simpática del complejo existencial actual y, dentro de ella, hacia una fijación local de los valores generales correspondientes a esa visión actual de la situación vivida. A la investigación filosófica le corresponde situarse, de esta manera, en las vías de acceso de los contenidos culturales a sus desarrollos metódicos, inquiriendo su autenticidad y el carácter de su validez; esa reflexión metódica se despliega sobre experiencias de otro modo inconexas, desempeñando el papel regularizador que, sin su influencia, se abandona comunmente a las estabilizaciones espontáneas en que se concretan las acomodaciones rutinarias.

Sé demasiado que ante las dilaciones a que obliga dicho tratamiento del problema, se sentirá defraudada esa clase especial de teóricos vergonzantes que se intitulan hombres prácticos al ver postergada de esta manera su desaforada apetencia de eso que llaman realizaciones concretas; pero el que ejerce concientemente cualquier clase de enseñanza sabe muy bien, a poco que quiera saberlo, que no es con cambios abruptos de escenarios, programas, sistemas de promoción, ni por medio de consignas exteriores para mejorar métodos educativos, como se obtiene una enseñanza valiosa, sino que el secreto de esa milagrosa eficacia reside en el ánimo mismo del que enseña, en esa influencia casi involuntaria que ejerce su fina y medular percepción de cada alternativa de su magisterio.—Toda otra clase de pedagogía utilitaria o practicista, es admisible solamente como un sustitutivo provisorio, requerido por una deficiencia ocasional de teorizaciones certeras.—Sería tarea vana, en consecuencia, aquella que se emprenda en atención al aparato institucional, si al mismo tiempo no se procura mejorar la calidad pedagógica de quienes tienen a su cargo su funcionamiento; problema éste—y cuán penoso es reconocerlo—tan intrincado con los intereses creados, que sólo a quienes están en posición independiente, les es posible, y moralmente obligatorio por añadidura, pregonar su fundamental importancia.—El mencionado utilitarismo, por otra parte, con el cual las clases predominantes orientan la educación hacia conocimientos meramente técnicos que cimenten el aparato social que usufructúan, tiende a independizar lo aprendido de sus contextos reales; y ello, que es tan notable en las ciencias, se repite hasta en las disciplinas literarias en las que se termina por manipular ideas extraídas y disecadas, fuera de los procesos en que surgieron, instaurando un verbalismo hueco y un adiestramiento penoso, ajeno al sentido de su aplicabilidad concreta.

(Continuará)